

LA AVENTURA DEL
CAPITÁN ALATRISTE

ARTURO Y CARLOTA
PÉREZ-REVERTE



EL CAPITÁN
ALATRISTE

ALFAGUARA

AGRADECIMIENTOS

A Sealtiel, por prestarnos el apellido



“Necesitaba un nombre que sonase fuerte, que fuese fácil de seguir para un lector porque iba a ser una serie y que, a la vez, pudiera valer para un personaje del siglo XVII. Y yo tengo un amigo mexicano editor y escritor, que se llama Sealtiel Alatraste. Me gustaba mucho su apellido y un día le dije que me gustaría llamar así a uno de mis protagonistas: “El capitán Alatraste”.

Suena muy bien. es fácil de retener y hasta tiene una especie de eco melancólico de la España de entonces. Alatraste es un nombre español que fue a América y se perdió en nuestro país. Ya no queda ningún Alatraste en España.”

Arturo Pérez-Reverte



De izquierda a derecha, los escritores Pere Gimferrer, Sealtiel Alatraste, José Saramago y Arturo Pérez-Reverte, antes de participar en el Fórum de Barcelona. JOAN GUERRERO



Sealtiel Alatraste nació en la ciudad de México en 1949. Licenciado en Administración de Empresas y Letras Españolas por la Universidad Nacional Autónoma de México y master en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Cambridge, ha estado muy vinculado al mundo editorial, ha dirigido varias editoriales y colabora semanalmente con los periódicos Reforma y El Norte. Cinéfilo, amante del bolero y el melodrama, ha publicado siete novelas, entre ellas Dreamfield (1981), Por vivir en quinto patio (1985), Tan pordiosero el cuerpo (1987), Quien sepa de amores (1990), En defensa de la envidia (1992) y Verdad de amor (1994), por la que obtuvo el Premio Internacional de Novela Planeta, Los desiertos del alma o El daño. En la actualidad es cónsul general de México en Barcelona.

EL PAIS.es | Cultura

“Arturo Pérez-Reverte bucea en el Siglo de Oro para novelar sobre la memoria que se nos niega”

4 de diciembre de 1996

"El capitán Alatraste", su última obra, abre una serie de seis libros sobre la época

M. MORA, - Madrid -

Arturo Pérez-Reverte cree que "muchos jóvenes españoles conocen mejor la historia de Estados Unidos que la de su país, porque una gran parte de nuestra memoria ha sido sometida a un proceso de negación, y eso nos condena a ser huérfanos sin pasado". Para ayudar a reparar esa pérdida, el novelista de más éxito del país ha buceado en el Siglo de Oro -junto a su hija Carlota, que le ha ayudado en la documentación- y en esa época "magnífica y corrupta" ha situado su última novela, El capitán Alatraste (Alfaguara), que inicia una serie que formarán seis obras.

"El capitán Alatraste empezó siendo un divertimento", afirmó ayer Arturo Pérez-Reverte en Madrid ante unos cincuenta periodistas. "Iba a ser una obrita de 70 páginas pero, a medida que me fui metiendo en el siglo XVII, el libro fue creciendo. Releí a Lope, a Quevedo, a Calderón, y según leía más me parecía que hablaban de la España de ahora. Todo lo que pasa hoy estaba entonces allí. La corrupción, el poder de los validos, los fueros... "El autor de El capitán Alatraste -"libro adulto que pueden leer los jóvenes"- explicó que la decisión de acometer "una especie de episodios nacionales que cubran el reinado de Felipe IV" (1621-1665) obedece a que le parecía obligado "recuperar sin alharacas un siglo que no es ni tan abyecto como se dice ahora ni tan maravilloso como se decía durante el franquismo". La novela -cuyo título hace referencia al escritor mexicano Sealtiel Alatraste, director de Alfaguara México- se remonta a los años 20 del siglo XVII a través de los ojos

de un adolescente vasco, Íñigo Balboa, que, tras la muerte de su padre en Flandes, llega a Madrid para vivir junto a Alatríste, soldado retirado al que Reverte define como "un espadachín a sueldo, un tipo más bien amoral, muy español en sus defectos y virtudes".



Arturo Pérez-Reverte, ayer, durante la presentación de su novela. A su lado, el escritor mexicano Manuel Escalera.

Reverte, que dijo comprender mejor de dónde venimos" y sentir "menos vergüenza de ser español" después de haber visitado a los clásicos, calificó la novela como su "primer libro transitivo", y lo explicó con el lenguaje accesible que caracteriza toda su obra: "Siempre he dicho que escribía por mi propio placer, pero esta vez he escrito también para los demás, con intención didáctica, porque me parece bueno que esos jóvenes que llevan la gorra al revés y creen que el mundo es Estados Unidos sepan más de su pasado. Dicho sin ningún patriotismo, es una cabronada que no sepan más. Y la culpa, es de los políticos, que se empeñan en rebajar la cultura a su nivel".

Reverte afirmó que la novela -que ha sido ilustrada por Carlos Puerta- es un homenaje a sus lecturas infantiles de Alejandro Dumas, explicó que ha tratado de ser "muy minucioso con el lenguaje y los detalles técnicos", y reveló que los próximos libros de la serie los escribirá "en un mes, a uno por año". Después justificó el hecho de que su hija Carlota comparta la firma de la novela con él: "Fue una gran ayuda para la preparación. Iba al Prado a ver trajes, buscaba grabados, estudiaba con lupa el plano antiguo de Madrid... Y en cuanto a la escritura, es para mí el contraste perfecto de los puntos de vista de Íñigo Balboa". El editor, Juan Cruz, anunció que la tirada inicial de 150.000 ejemplares se ha agotado en una semana.

12 de Marzo de 1997

ARTURO PEREZ-REVERTE, PRESENTÓ SU NOVELA EN MEXICO

CYNTHIA PALACIOS GOYA

El "capitán" Diego Alatríste y Tenorio, un espadachín mercenario sobreviviente de las guerras de Flandes, nos muestra, a través de sus aventuras vividas durante el siglo XVII español, que si bien éste se caracteriza por su miseria humana, corrupción, complot y muerte, en él también hubo personajes como Francisco de Quevedo, Diego Velázquez o Félix Lope de Vega, por los cuales valió la pena haber vivido en esa época.

Ávido de conocer su pasado para explicarse su presente y así despojarse de complejos, el lector antes que escritor Arturo Pérez-Reverte (España-1951) imaginó a este personaje que lo acompañará a partir de esta su nueva novela, El capitán Alatríste, y en cinco más.

De visita en México para presentar la obra editada por Alfaguara e ilustrada con viñetas de Carlos Puerta, el autor comentó que firma el libro con su hija Carlota -quien tiene 13 años de edad-, porque a ella encomendó la investigación del vestuario y reconstrucción de los escenarios del Madrid de los Austrias, pero también le ofreció algunos puntos de vista sobre determinadas situaciones que dieron voz al paje del capitán, Iñigo Balboa, quien tiene su misma edad y funge como narrador de la historia.

Pérez-Reverte afirmó que debido a que actualmente los jóvenes conocen más la historia estadounidense que la suya propia, y su hija no es la excepción, le pidió que lo auxiliara: "Hice que se implicara y, al final, fue un truco que funcionó, porque ahora todo lo que sea de esa época le encanta y lo está leyendo".

El también autor del libro Territorio comanche, que se convirtió en película y actualmente se exhibe en España, afirmó que El capitán Alatríste fue concebida como una diversión personal, pero a medida que se dio cuenta que el siglo XVII daba para mucho más y no podía contar todo en 120 páginas, y que tampoco quería hacerlo de corrido en más de mil, decidió hacer un plan de trabajo y escribir una aventura por año; así aparecerán: Limpieza de sangre (guerras de Flandes); El sol de Breda, (Inquisición y religión); Misión en París (guerras del Mediterráneo); El oro del rey (se desarrollará en América, cuando el capitán visite México), y La venganza de Alquézar.

Expresó que siempre hay un libro que quisiéramos escribir porque nos vincula con nuestra juventud: "Nos creó esa materia prima como lectores que somos después", y en su caso esas publicaciones fueron sobre espadachines.

"Siempre digo que hay dos tipos de escritores: el que escribe y el que reescribe, yo soy de los segundos. Soy un lector que accidentalmente lo que hace es reescribir aquellos libros que amó. Todas mis novelas son reescrituras a la luz de las cosas de mi vida, entre esos libros que amé y me hicieron feliz tenía muchos pendientes, que eran los libros de aventuras de capa y espada, esas comedias que me llevaba mi padre de Lope de Vega, de Calderón y de tantos que me formaron", recordó.



Acompañado por Alberto Ruy Sánchez y Sealtiel Alatríste -a quien por cierto le tomó prestado su apellido para bautizar a este virtuoso de la espada-, el autor dijo que aunque es un libro de aventuras con muchas peripecias, "al mismo tiempo es una especie de recorrido por la memoria histórica, un forma de bucear en los recuerdos del siglo XVII. Decidí crear un espadachín, un militar español estampado en el Madrid de los Austrias, que como no tiene dinero se alquila para dar estocadas. Un profesional del estoque con una moral muy peculiar o muy de la época, pero que también en

ese libro apareciese Quevedo, Góngora, Lope de Vega, la cultura, el teatro, la religión, por eso lo que en principio era un libro, un divertimento de 15 o 20 días para hacerlo de forma ligera, a medida que me puse a trabajar en él se fue complicando, así que decidí que el capitán tuviera más aventuras en otras novelas".

Arturo Pérez-Reverte afirmó que la experiencia fue muy divertida, pero lo que más le sorprendió es que al releer a los representantes de la literatura de la citada centuria se percató de que seguimos cometiendo los mismos errores: "Cuando uno mira la España de entonces, con sus luces y sombras, asombra comprobar lo poco que hemos cambiado, lo iguales que somos a nosotros mismos, pero creo que junto a lo peor, abyecto, miserable y corrupto se dieron también cosas magníficas.

"Creo que ese siglo fue muy hispano, esa especie de movilidad y contraste entre lo mejor y peor que tenemos, entre lo bueno y lo malo, todo mezclado. Este trabajo que he hecho a partir del libro me ha permitido asumir la realidad actual, me ha quitado los complejos. Cuando uno lee y escribe descubre cosas, y al escribir este libro encontré que uno no debe ni execrar el pasado ni tampoco hacerle monumentos. El pasado es lo que es, lo que fuimos; el principio fundamental es conocer, porque cuando uno conoce puede asumir lo bueno y lo malo como cosa natural y se quitan los complejos. Por ejemplo, yo no me siento gachupín en absoluto en México, yo vengo a mi casa y esa proximidad me la da el leer, el buscar, y el poder ver el mundo desde ahí, no a partir de lugares comunes", puntualizó.

Al finalizar, afirmó que el periodismo le ha dejado una manera de mirar el mundo, "una especie de lucidez no siempre agradable o amable, a menudo retorcida, a veces optimista, otras triste. Cuando era jovencito era inocente y cuando era periodista todavía más, el periodismo me quitó inocencia, pero sobre todo me ha hecho perder la fe en palabras que antes escribía con mayúscula; pero al mismo tiempo me quitó complejos, me hizo asumir que el mundo es lo que es. Ser periodista es una forma de intentar lo más honestamente que se pueda mejorar el mundo; no siempre se puede, lo dejan a uno o sé es capaz, pero sobre todo me ha hecho entender y escribir con mayúscula palabras como: Amistad, Amor, Hijos (cuando son pequeños), Solidaridad, Caridad, y Compasión".

El autor mexicano cumple veinte años como escritor con 'El daño'

AMELIA CASTILLA - Madrid - 25/05/2000

Cómo sería la madre de Kafka? Sealtiel Alatraste (México, DF, 1949) se hizo esa pregunta al adquirir una guía sobre uno de sus escritores favoritos. "No trato de demostrar nada, sino de contar una historia de cómo la genialidad nace de un amor perturbado", contó ayer el editor de Alfaguara en México en la presentación de su nueva novela, *El daño* (Espasa), en la que estuvo arropado por José Saramago y Arturo Pérez-Reverte.

Sealtiel Alatraste concentró ayer en torno a su nuevo trabajo literario a una buena parte del mundo editorial. Entre el público que acudió a la presentación de *El daño* se sentaron también escritores como Ignacio Padilla, Armas Marcelo y Paula Izquierdo. El encargado de romper el fuego fue Arturo Pérez-Reverte, que se refirió al editor como "un hermano al que robé el apellido para el capitán Alatraste". Pérez-Reverte calificó como uno de los aciertos de *El daño* el hecho de haber dado a conocer a la madre del autor de *La metamorfosis*. El remordimiento, la lástima y el egoísmo son los tres sentimientos en torno a los cuales se mueve Julie Kafka, "una madre que no sabe querer".

También José Saramago centró su intervención en la novedad que supone convertir a la madre del escritor checo en un personaje literario. "Hasta ahora, no tenía madre", bromeó el autor portugués, que inició su intervención señalando la diferencia entre una madre cristiana y una madre judía, como la del autor de *El proceso*, ante un problema filial: "La católica le grita a su hijo: 'Te voy a matar', y una madre judía diría que se mata ella, y además, delante del hijo".

La opinión del premio Nobel es que Kafka representa el "espíritu del siglo" y que Alatraste se ha enfrentado a él por la parte más difícil, puesto que se sabía muy poco de la relación que sostuvo con su madre y cómo influyó en su obra. El resultado es, según Saramago, una "obra literaria densa, bien construida" y protagonizada por una madre que está devorando a su hijo.

Alatraste, que cumple 20 años como novelista con *El daño*, confesó que ha leído todos los diarios sobre Kafka y que se ha servido de la biografía que Max Brod publicó sobre su íntimo amigo y de la de Klaus Wagenbach, pero que, pese a la bibliografía, se trata fundamentalmente de un trabajo de imaginación. "No recreo la historia, pero tampoco está fuera del todo", contó el escritor mexicano, que ha incluido al final del libro una cronología y un breve álbum fotográfico como "referente de un mundo literario imaginado".

Fue leyendo un párrafo de la famosa Carta al padre del escritor checo cuando Alatraste supo que escribiría esta novela sobre la pasión creativa del autor de *El castillo* desde el punto de vista de su progenitora. "En ti, lo kafkiano es lo grande, lo importante y lo certero, y lo Löwy, lo que proviene de la timidez, lo oculto y el deseo que nunca se cumple". *El daño* transcurre básicamente en torno a los últimos 100 días del escritor checo, en los que se mezclan de manera irremediable el desamor de la madre y la genialidad del escritor.

El editor de Alfaguara en México, que es autor también de novelas como *En defensa de la envidia* o *Verdad de amor*, calificó su nuevo libro como su primer trabajo donde no hay humor.

MAÑANA, EN EL PAÍS



Angélica de Alquézar.



Don Luis de Alquézar.



Conde-Duque de Olivares.

ARTURO PÉREZ - REVERTE / Escritor

“Es imposible entender lo que somos sin conocer lo que fuimos”

EL PAÍS, Madrid

El autor de *El capitán Alatriste* asiste feliz al alumbramiento en cómic de su personaje de más éxito, que concibió casi jugando. Él no podía concebir un éxito así. Ahora lo asume como el resultado de un reto que tuvo justamente su origen en México, cuando le dijo a su editor mexicano de entonces, Sealtiel Alatriste: “Un día crearé un personaje español con tu nombre”.

Pregunta. ¿Qué ha aprendido usted del personaje?

Respuesta. Entre otras cosas, que de una u otra forma la historia siempre se repite y que rara vez aprendemos de ella.

P. ¿Es la serie de Alatriste un relato moral?

R. Es sobre todo un retrato moral del español, del buen vasallo que nunca tuvo buen señor. Hay un momento en que un personaje de la serie dice: “Ser lúcido y ser español fue siempre difícil de llevar”. Pues eso. Yo lo escribí para que sirviera para ahora. Es imposible entender lo que somos sin conocer lo que fuimos.

P. ¿Y cómo seguimos siendo con respecto al español del tiempo de Alatriste, el Siglo de Oro?

R. Seguimos siendo crueles e insolidarios, pero hemos ganado otras cosas, por suerte, aunque hemos perdido otras. La España de ahora es mejor, mucho mejor, que la España del siglo XVII.

P. ¿En qué es mejor?

R. Es evidente. Hay más libertad, hay más cultura, hay menos fanatismo, hay menos corrupción y menos estupidez, pero en el camino nos hemos dejado algunas virtudes.

P. Usted inicia la serie del capitán Alatriste con una definición que se ha convertido en un eslogan.

R. Sí. “No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente”. Nunca pensé que fuera a traer tanta cola. No me lo esperaba, francamente. Era un libro que iba a ser para mi placer personal, una especie de recorrido por la memoria y al mismo tiempo un libro de aventuras a la manera de los libros de antes. Yo creía que ya no había lectores para esa clase de libros, pero me equivoqué.

P. ¿Y cuál cree usted ahora que es la clave del éxito?

R. Yo he recibido miles de cartas y de comentarios sobre los



Arturo Pérez-Reverte.

“Una aventura editorial fascinante”

Amaya Elezcano, directora de Alfaguara, editora de Arturo Pérez-Reverte, recuerda el comienzo de la publicación de la serie como “un aventura editorial fascinante”. “En todo caso”, dice Elezcano, “ha sido una aventura compartida al máximo con Pérez-Reverte, que se implicó en el proyecto con un entusiasmo y una ilusión que nos contagió a todos. Y luego hemos visto cómo ha ido creciendo este proyecto hasta alcanzar la relevancia que hoy tiene en la historia editorial española”.

La primera tirada de la primera entrega de la serie, *El capitán Alatriste*, fue excepcional. Se imprimieron 250.000 ejemplares, el libro apareció en noviembre de 1996 y hasta ahora ha alcanzado 28 ediciones. Las entregas siguientes salieron en 1997 (*Limpieza de sangre*), 1998 (*El sol de Breda*) y 2000 (*El oro del Rey*). Esta última constituyó la primera experiencia de colocación de una novela española en venta por Internet, a través de Prisma.com, que alcanzó un éxito sin precedentes en este tipo de ofertas en la Red.

libros que he publicado hasta el momento con Alatriste como personaje. Muchos de esos comentarios son de jóvenes que se sorprenden al saber que esas cosas que se reflejan ahí ocurrieron en la España del XVII. Están sorprendidos de leer cosas que nadie les había dicho: no estaban en sus libros de texto: ese Quevedo, esas guerras de Flandes... Para mí la sorpresa ha sido la sorpresa de los chicos.

P. Desde que usted presentó la primera entrega atacó el sistema educativo español...

R. En los últimos cuarenta años, a los jóvenes españoles se les ha despojado de su memoria y de su cultura; se les quiere hacer técnicos y excelentes analfabetos, olvidando que es muy peligroso fabricar ciudadanos desprovistos de alma. El franquismo contaminó nuestra historia de glorias imperiales y la reforma educativa de Solana y Maravall cayó en el extremo opuesto, tirando toda esa historia por la borda.

P. Su personaje ha pasado ya a la mitología de los personajes literarios españoles...

R. Hay gente que cree que Alatriste existió. El otro día me escribió un señor indignado: supuso siempre, decía, que el personaje había sido inventado, y luego se enteró de que yo había estado utilizando las memorias verdaderas del capitán...

P. ¿Y cómo se siente cuando ese personaje ficticio aparece en cómic y en la tirada de un periódico como EL PAÍS?

R. Me satisface mucho porque me permite llegar a lectores que todavía no leen libros, chicos entre doce y quince años. Es una forma de que conozcan más al personaje, pero también la historia y la memoria. Ahora sí sabrán de qué se les habla cuando les hablamos del siglo XVII.

P. ¿Qué mirada le ha dado a usted Alatriste?

R. En Alatriste hay historia, acción, ser humano, y sobre todo lo que hay es una forma de mirar el mundo. El lector mira al mundo con los ojos de Alatriste. La de Alatriste es la mirada del español de siempre, el que ha visto siglos de la historia de España, con lo duro, lo triste... Cuando el lector se asoma a esa mirada, que tiene siglos detrás, mira a España con los ojos con que la veo yo.

Te recomendamos escuchar la canción “Mujeres divinas” con la lectura de los artículos sobre Sealtiel Alatríste

<http://www.icorso.com/hemeroteca/MujeresDivinas.mp3>



<http://www.icorso.com/foro.html>



Un chucho mejicano

La historia me la contó hace unos días Sealtiel Alatríste, que además de ser mi editor centroamericano y de prestarme su apellido para cierto espadachín del XVII, es amigo mío. Estábamos Sealtiel y el arriba firmante en una cantina de México D.F., con una botella de Herradura Reposado y unos mariachis cantando *Mujeres divinas*, que siempre nos pone nostálgicos; la misma canción que a don Ibrahim –ese compadre de la Niña Puñales y del Potro del Mantelete– le despertaba en Sevilla añoranza de su juventud caribeña, portales de Veracruz y playas de Acapulco, el reloj de Hemingway, María Bonita y toda la parafernalia. Estábamos allí, les decía, ya con el nivel del tequila por debajo de la línea de flotación de la botella, y Sealtiel se puso a contarme cosas. Y entre ellas, la vida de Sami.

Sami es un perro callejero que vagabundea por la colonia del Valle de la capital mejicana, donde vive Sealtiel. Cuando luego, interesado por su historia, quise verlo, comprobé que se trata de un esmirriado chucho blanco con manchas negras, a medio camino entre un zorrillo y un pastor alemán, con un toque chusma. No es de esos canes que ladran a la gente, ni se acerca a olisquear a las señoras dejándoles manchas húmedas en el trasero, ni se aferra a la pierna de una transeúnte e intenta violarla dale que te pego, como hacen otros. Tampoco guarda las formas por educación, o timidez. Se trata de un perro misántropo y poco sociable, que no se hace ilusiones y se resigna a levantar la pata de vez en cuando para marcar un territorio que sabe perfectamente no le pertenecerá en su puta vida. Tal vez por eso –me informó Sealtiel– Sami, que es chucho pacífico, mostró siempre una radical conciencia de clase al pelearse exclusivamente, echándole huevos al asunto, con todos y cada uno de los perros de raza del barrio, grandes y bien alimentados, a los que sus dueños sacaban a pasear. Y claro. Un danés grande como un castillo le sacó un ojo.

Los vecinos se dieron cuenta por casualidad, pues Sami no se quejaba. Anduvo por la colonia tuerto y callado hasta que una vecina se dio cuenta, y compadeciéndose de él recolectó algunas decenas de pesos para llevarlo en su coche al veterinario. Y ahí

Sami estuvo puritito charro y valiente, muy a la altura de las circunstancias: no mordió a nadie, ni orinó donde no debía, y ni siquiera dijo ándele, o hijole, o guau, que es lo menos que un perro mejicano puede decir en tales casos. Silencioso y estoico, fue devuelto a la calle vendado, cosido y curado, como si volviera con Villa de la toma de Zacatecas. Y los vecinos, impresionados por las maneras del chucho, empezaron a interesarse por él, a cooperar en su restablecimiento con huesos y medicinas. Gente que sólo se conocía de vista, que no se había dirigido nunca la palabra antes, se paraba en la calle a preguntar por Sami; y, como consecuencia, a interesarse los unos por los otros. La cosa se acentuó cuando a Sami lo atropelló un coche. Un equipo de emergencia compuesto por la dueña de la librería de la esquina, un señor a quien llaman *el licenciado* –todos los vecinos ignoran su nombre– y la escritora Verónica Murguía, que también vive allí, lo envolvieron en una colchoneta y lo llevaron al veterinario; donde un par de vecinos más acudieron a interesarse por su estado, y antes de que entrara a cirugía le dieron una apresurada sesión de transmisión de energía positiva llamada *reiki*, ante el asombro de los veterinarios. Y se quedaron todos afuera, fumando, esperando, mientras a Sami lo operaban a vida o muerte.

Salió de ésa. Perdió la cola, tiene la pelvis hecha cisco y cojea. Lo he visto, y les aseguro que es una mierda de chucho; pero sigue vivo, come, defeca trabajosamente en las aceras, pasea su melancólica figura de veterano marginado, tuerto y lleno de cicatrices, por las calles de la colonia del Valle, y cuando suena la alarma de algún coche se pone a ladrar acompañándola, como si de ese modo quisiera pagar su deuda con el vecindario. Pero el número de gente que se detiene a hablar de él ha aumentado. Sus copropietarios se han convertido en una especie de cofradía extravagante, sentimental, que en una ciudad áspera y dura como es el D.F., donde cada cual va a su avío y no hay quien de noche circule a pie por miedo a un asalto o a un mal encuentro, se detienen a hablar, sonríen, se saludan, se interesan unos por la vida de los otros. Ese es el milagro de Sami: los hizo a todos mejores, y lo saben. El chucho.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Mujeres en blanco y negro

Tengo un amigo al que le he hecho una faena de las gordas. Se llama Sealtiel Alatríste, y cada vez que viene a España y le preguntan cómo se llama, y él lo dice, y se fijan en su apellido, la gente contesta: «No, en serio, dígame su auténtico apellido». Nunca imaginamos Sealtiel y yo, aquella noche de farra y mariachis en la que luego nos pusimos hasta las patas de tequila donde Paquita la del Barrio, en pleno corazón de la colonia Guerrero, que la promesa que le hice de bautizar con su nombre a un personaje de novela iba a traer semejante cola. Pero ya ven. El caso es que, además de ser uno de mis mejores amigos y padrino putativo, o como se diga, de mi espadachín del siglo XVII, Sealtiel es también un prestigioso editor mejicano, amén de excelente escritor con media docena de títulos publicados, que allí suelen figurar honrosamente en las listas de más vendidos.

Ahora, sus editores españoles me han mandado *Verdad de amor*, que ya leí en su primera edición mejicana. Y al repasarla, con el placer que uno reserva a los libros bien escritos cuando además están escritos por los amigos, me he encontrado de nuevo, en la historia del barman de París, y de Chema, el cinéfilo fascinado por la famosa actriz a la que una vez vio desnudarse despacio, la presencia de un mito cinematográfico espectacular que Sealtiel y yo —la amistad está hecha de ese tipo de cosas— compartimos desde hace tiempo: María Félix. María del alma. La Doña. La hembra soberbia, dura y fría. La soldadera de lujo que, entre bolero y bolero, hizo escupir el corazón a cachos al flaco Agustín Lara que escribió para ella *María Bonita*. La mujer de rompe y rasga por antonomasia.

Puestos a consumir productos fabricados, por Hollywood o por quien sea, uno no puede menos que añorar ciertos espléndidos envases. En un mundo hecho ahora de telecolorín, donde el non plus ultra de la fascinación femenina lo encarna Sandra Bullock —hay que joderse—, los viejos granaderos de la Guardia que todavía somos capaces de recordar en blanco y negro formamos una especie de cofradía silenciosa, que se reconoce y se entiende por guiños y miradas y títulos de antiguas películas dichos a medias. Y que sólo a veces,

cuando estamos seguros de que todos los televisores de mierda están apagados, y de que el tabernero lava los vasos en un rincón, y de que las Silkes, y las Wynonas, y las Silverstones y todas las otras mantecuitas blandas y pijoniñas de teleserie, chochitos desnatados y otras soserías se han ido a dormir o corretean por la cubierta inclinada del *Titanic* a punto de ahogarse entre grititos y besos a Leonardo di Caprio, sólo entonces, digo, descorchamos la botella y le hacemos un hueco en la mesa a la Mujer con mayúscula, a la Mujer de verdad, querido Watson, en la que se dan cita todas las mujeres del mundo. La que toca, cura, besa, mata, y en cuyas caderas no se pone el sol. La hembra cruel y magnífica, que pisa fuerte. La *femme fatale* por la que antes los hombres se liaban a plomazos, o se batían en duelo tras cruzarse la cara con un guante, o empalmaban navajas en reyertas de humo y vino y se acuchillaban sin piedad, haciendo posibles boleros, tangos, corridos, coplas, películas inolvidables que todavía nos estremecen en su inigualable celuloide rancio.

Ya no hay señoras de ese calibre, y se nota. El perro mundo se resiente de ello. Ava Gardner ya no baila de noche en ninguna playa de Acapulco, ni Kim Novak se va de picnic, ni Sofía Loren se quita las medias mientras aulla Mastroianni, ni Marlene Dietrich es Shanghai Lily, ni Rita Hayworth tiembla ante Orson Welles al ponerse un cigarrillo en la boca, ni María Félix cabalga con Jorge Negrete junto al Peñón de las Ánimas, ni a Greta Garbo le roba las joyas John Barrymore en ningún maldito gran hotel del mundo. Por eso, cuando como ocurre con Sealtiel, uno encuentra el guiño de un camarada de secta, el gesto masónico de quien sabe y calla o apenas insinúa lo insinuable, esboza siempre una sonrisa cómplice y solidaria. Qué sabrán estos cagamandurrias, hermano, lo que eran hembras como Dios manda, en blanco y negro, con el adecuado fondo de chascar de pipas y crujir de palomitas. Qué sabrán lo que era María Félix en *Enamorada*, aquella niña bien yéndose a la guerra de soldadera, caminando orgullosa, con la mano apoyada en la silla de montar de Pedro Armendáriz. Qué sabrán estos tiñalpas lo que era, lo que es, una jaca de bandera.

Mordidas y chocolate

Ya les he contado alguna vez que me gusta Méjico. Me gustan el paisaje, la comida, el tequila y la gente. Allí te atracan, por ejemplo, y, con la Colt 45 apuntándote al entrecejo, un fulano con bigotazos va y te dice, muy suavécito: «Amigo, déme el reloj y las tarjetas de crédito o se muere ahorita». No dice «lo mato», o «le pego un tiro», no. Dice «se muere». O sea, que te mueres tú solo, y él no se hace responsable de nada. Incluso esos peligrosos policías que te dan el sablazo en un callejón oscuro con la cazadora cerrada hasta el cuello para que no veas el número de la placa —«por ahí dice usted no mas cómo quiere salir del problema»—, y no aflojan hasta que sueltas de mordida el diez por ciento de la multa que nunca se propusieron ponerte, pueden llegar a tener su relativa gracia si lo cuentas luego ante una botella. La otra noche, en la esquina de Paquita la del Barrio, Antonio —el chófer que mi compadre Seltiel Alatraste me presta a veces para callejear el DF sin que me atraque un taxista— pidió al estacionar el coche «veinte pesos, patrón, para la policía». Se los di, resignado a contribuir a las necesidades particulares de la madera capitalina. Y a la salida, cuando cinco tequilas más tarde regresé haciendo eses y canturreando *Mujeres divinas* seguido por dos fulanos que me pisaban la huella con evidentes intenciones, comprobé que la mentada policía no era el cuerpo de policía local, sino una policía concreta, o sea, una uniformada gorda con pistola enorme al cinto, que me sonrió y detuvo el tráfico para que nuestro coche pudiera salir, tras dirigir una mirada disuasoria a mis dos sombras, como diciéndoles: busquen a otro, cuates, que este gachupín rumboso ya dio el cachuchazo y está en regla.

Quiero decir con todo eso que Méjico, si uno tiene el aplomo razonable y tiene suerte, es una aventura apasionante. Porque como dice otro amigo mío, el escritor y periodista Xavier Velasco —empedernido noctámbulo y golfo de cojones—, «comparado con esto, Kafka era un costumbrista provinciano». Que se lo pregunten al fotógrafo de *Reforma* al que encañonó un atracador, y al decirle que trabajaba para ese diario, el otro lo pensó y dijo: «Pues tírame una foto, no mas». Y entonces, en mitad de la calle y con la gente pasando por allí, el caco posó tranquilamente con la 44 magnum en alto y una pose chulesca, la otra mano en la cadera y sonrisa de oreja a oreja. «Si no la publican, te bajo

a plumazos», advirtió antes de irse. La foto se publicó, por supuesto. Yo la he visto. En primera. Y a estas horas, el de la 44 es la estrella de su barrio.

Méjico también es otras cosas. Es, sobre todo, la forma singular en que coexisten la crueldad, la pobreza y el orgullo, a menudo en la misma gente. Me encanta el relámpago que encabrita los ojos del camarero cuando un gringo imbécil —y no siempre los imbéciles son gringos— confunde su cortesía con sumisión. O cómo cambia el ambiente cuando, en un tugurio, unos tipos hasta arriba de pulque, y con más peligro que un sicario majara, meten mano a las navajas o los fierros para abrirte ojales suplementarios: «Usted dijo o no dijo, señor, y en estas mismas lo truena», etcétera. Y en ésas les ponen una botella de tequila sobre la mesa después que tú, con mucha mili mejicana en las conchas, pronuncies la fórmula que aquí nunca falla: «Soy extranjero y no conozco las costumbres, pero tengo mucho gusto en invitar a una copa a los señores». Y al final sales de allí vivo y a las tantas, con una castaña de órdago y media docena de nombres más —alias incluidos— en tu vieja agenda de viaje.

Fascina, sobre todo, la dignidad de los humildes, que de pronto surge incluso entre la violencia y la miseria. Hace unos días estaba a la puerta de una cantina de la plaza de Santo Domingo, mirando lo más infame y lo más noble que España trajo a América: el palacio de la Inquisición y las imprentas que ya funcionaban en el siglo XVII. En ésas se acercó una pobre mujer con una cesta. Vendía chocolate, y antes de que abriera la boca le di cinco pesos. Me miró muy seria: «No estoy pidiendo, señor. Yo vendo mi chocolate». Me disculpé en el acto. Claro, respondí. Y con mucho agrado se lo compro. Pero ahora me incomoda llevarlo, así que guárdemelo para luego. Eso la convenció, y se fue toda digna con sus cinco pesos. Y me quedé pensando que quizá, de tener ocasión, esa mujer me habría robado la cartera a la vuelta de la esquina. Pero en Méjico cada momento tiene su momento, y cada cosa es cada cosa. Y es bueno que así sea. A veces hay que cruzar un océano, sentarse a la puerta de una cantina e invertir la módica suma de cinco pesos para recobrar palabras y actitudes que en la madre patria —también los hijos de puta tienen madre; y las putas, hijos— parecen haberse esfumado hace mucho tiempo. ●

«Amigo, déme el reloj y las tarjetas de crédito, o se muere ahorita»





Una noche en el Tenampa

E

n el Tenampa, excepto algunos turistas guiris que caen por allí a las horas punta, son duros hastalos mariachis. Y lo que de verdad me gusta de ese antro es que permanece fiel a lo que fue. Música, tequila. Comas etílicos. La leche. Desde hace quince años, cada vez que viajo a México D.F., el Tenampa es una de mis dos visitas obligadas. La nocturna. La otra es hacia el mediodía, a una cantina - cuyo nombre, disculpen, no cito aquí para que no me la revienten donde uno puede tequilear oyendo a José Alfredo y narcocorridos de los Tigres del Norte en la rockola. En el Tenampa, sin embargo, la música es en vivo. Se paga por oírla, incluso a veces antes de llegar al sitio. Según las horas, cruzar la plaza Garibaldi puede ser una pequeña aventura. Ni lo pienses, te dicen los amigos, o el personal del hotel. De noche, Garibaldi es territorio comanche. Llena de mariachis a la caza y de delincuentes a lo mismo. Además, a una cuadra empieza el barrio de Tepito, donde son peligrosos hasta los policías; y al salir con Xavier Velasco o con el Batman G emes del Catorce -que ahora es el Quince- o del Bombay te puedes encontrar el cañón de una cuarenta y cinco en la sien, porque hasta los taxistas te atracan con toda la naturalidad del mundo. Hablándote, eso sí, todo el rato de usted. Aquí, los atracadores no han perdido las maneras. Deme usted ahorita las tarjetas de crédito o se muere, dicen apuntando la artillería. Y me fascina ese formal se muere. Lo plantean como si se tratara de tu exclusiva responsabilidad. Los hijoputas.

He vuelto al Tenampa, claro. A la mesa de siempre, bajo las efigies de Cornelio Reyna -me bajé de la nube en que andaba-, de Jorge Negrete, de Vicente, de José Alfredo. Los clásicos. Como era entre semana, no me cachearon en la puerta. Había poca gente, como debe ser: un par de grupitos de mejicanos, dos fulanos con una torda en la mesa de al lado, mariachis cantando a tanto la pieza, ya saben: cuántas veces me sacaron del Tenampa, hablando de mujeres y traiciones, la mitad de mi copa dejé servida, etcétera. Lo de siempre. Se vinieron a la mesa mis mariachis de plantilla, dirigidos por el compadre César, casado con española. Una hora y quince minutos cantando, y yo con ellos. Una pasta, redíos, pero siempre vale la pena. Esta vez, tras unas cuantas clásicas por supuesto, Mujeres divinas la primera- nos dio por los corridos de la Revolución: Siete Leguas, La

tumba de Villa. Y otras. Lo bueno de los antros mejicanos es que, si quieres y eres un tipo derecho, nunca estás solo. Pagas una copa, o las que hagan falta, y al rato has hecho amigos para toda la vida. Esta vez, igual. Los dos fulanos de la mesa de al lado eran un sujeto con pinta de guardaespaldas y otro maduro, de pelo corto y gris. La jaca que iba con el maduro se levantaba de vez en cuando a cantar con los mariachis. Al final, el jambo se me acercó, muy cortés. Soy el general Zutano. También es usted militar? , preguntó. Lo fui , respondí con el aplomo de haberme calzado tres tequilas. Lo he notado por su aspecto -apuntó, perspicaz-. Qué graduación? Lo miré muy serio, cuadrándome. Me retiré de comandante, mi general. En dos minutos éramos íntimos. Me invitó a unirme a su mesa, a su guardaespaldas y a su piruja, pero decliné. La piruja era de las que suelen traer problemas, como aquella de otra noche, cuando un narco quiso pegarnos unos pocos plomazos a Sealtiel Alatraste y a mí porque mirábamos demasiado, dijo, a su hembra. En fin. Cuando el general, su guaros y su moza se fueron, el miles gloriosus me dedicó un saludo castrense. Se lo devolví, marcial. Me encanta México.

A poquito, rodeado por los mariachis - esa noche no dejaron un peso en mi cartera, los malditos-, César se me sentó un rato a la mesa y charlamos, como de costumbre. México, España. Lo de siempre. De vez en cuando viaja aquí con su mujer. Esos chatos de vino, rememoraba nostálgico. Ese jamón de pata negra. Llevaba una insignia con la cruz de Santiago en la solapa de su chaqueta de charro. De pronto se inclinó hacia mí, y con aire de confidencia pero eu voz alta, dijo: Oiga, mi don Arturo. Yo soy malinchista, proespañol. Nací en Tlaxcala, donde los indios que ayudaron a Cortés. O sea, que soy tlaxcalteca, a mucha honra. Y sabe nomás qué le digo? -en ese punto señaló a sus compañeros, que asentían bonachones, guitarra ex mano-... Pues que entre usted y yo chin-gamos bien a todos estos cabrones!